

AVILA, Mariela, ROJAS, Braulio (Eds.) (2019). *El exilio como experiencia y la experiencia del exilio*. Santiago de Chile: Ediciones de la UCSH.

El exilio como experiencia y la experiencia del exilio es un libro colectivo escrito a partir de encuentros, y esta quizá sea la mejor manera de abordar un “fenómeno poliédrico complejo” que pide atención desde múltiples aristas. Desde la pluralidad de perspectivas que proponen los autores convocados por Mariela Avila y Braulio Rojas se busca un criterio común para definir el exilio.

Tras una excelente introducción de Avila y Rojas el libro se abre con el capítulo de Loreto Rebolledo, “Narrativas y experiencias del exilio”. Los exilios se conjugan en plural, nos dice Rebolledo, que además distingue entre la literatura escrita *en* el exilio para “recuperar la palabra censurada en Chile” (20), marcada por la necesidad de denuncia de los abusos de derechos humanos cometidos por la dictadura, y las narrativas *del* exilio, que cuentan “la condena (de) regresar permanentemente, de manera imaginaria y desde el deseo, al lugar que se dejó” (20) por lo que trasuntan la impresión de Neruda de que “el exilio es redondo” (23). El cambio en la preposición (de *en* a *del*) denota un cambio histórico: en el caso chileno se produce un viraje en los 80, cuando ya no urge dar testimonio sino pensar el exilio *per se*, como condición.

En el siguiente capítulo, “Literatura porteña en el exilio. Una mirada de conjunto: Fernando Lamberg, Eduardo Emry, Luis Mizón y Osvaldo Rodríguez (1960-1973)”, Braulio Castro analiza la obra de estos autores porteños -de Valparaíso- que escribieron *desde* y *del* exilio. El protagonista de esa literatura es el propio país, Chile, porque “[...] desde la distancia el

autor exiliado interpela a la sociedad chilena y con ello se vuelve parte de ella” (41). En esto consiste la función política de esta escritura: el país que queda atrás se vuelve protagonista de una narración que, desde “afuera”, cuestiona tanto el acto de expulsión como al país que la ejerce. Y ese “afuera” va generando sus propios personajes. Castro presenta, entre otros, casos de exiliados que se asientan en un país y de exiliados que habitan “un exilio no situado”, sin “destino fijo”: “un vagabundear en busca de los fragmentos de una patria perdida” (45), derrotero que siguen dos figuras que estudia Adriana María Arpini en “El exilio filosófico de los 70 en Argentina. Ejercicio crítico y resistencia”: María Zambrano y Enrique Dussel. Ambos, al andar, van gestando formas alternativas del saber filosófico. Habría una suerte de vínculo entre errancia y lectura crítica, como si el desplazamiento le abriera puertas y ventanas al pensamiento. Según Arpini el trashumante es un renovador porque habita fuera, y un ejemplo clarísimo es el de María Zambrano quien, al reivindicar la razón poética, repone una mirada que había sido excluida de la filosofía desde el platonismo. Su exilio es un peregrinaje que reivindica aquello afín a su experiencia, lo que le permite pensar su propio destino. Y en ese gesto el pensar se vuelve novedoso. Algo similar le pasa a Dussel, que también reflexiona “desde los márgenes de la filosofía institucionalizada” (65). Estos ejemplos muestran que quien sobrevive fuera del territorio puede sobrevivir fuera del canon, y en esto radica la potencia del exilio en tanto libertad creadora. Pero esto no equivale a confundir el exilio con una condición placentera. Los factores que nutren esta independencia de criterio son la incomodidad y el extrañamiento y, para enfatizarlo, Arpini cita a Tununa Mercado:

Strejvelich, Nora.

“*El exilio como experiencia y la experiencia del exilio*, de Mariela Avila y Braulio Rojas (Eds.)”. Reseña

Kamchatka. Revista de análisis cultural 15 (2020): 537-542.

DOI: 10.7203/KAM.15.17394 ISSN: 2340-1869

“No se puede decir nada más anodino y estúpido que la frase lo pasaron bien en el exilio” (54). Cuando se derrumba un mundo nadie la pasa del todo bien, aunque poco a poco se vayan armando vidas vivibles y se produzcan hibridaciones saludables. La “desprovincialización y la apertura a la diversidad cultural de América Latina” (56) es uno de los mayores logros de este castigo y algo que “llega a convertirse en deber moral del exiliado” (60). La apertura generada por el exilio es uno de sus frutos más potentes y amargos porque surge de una expulsión que, como también indica Arpini, sea temporal o definitiva, sea hacia afuera o hacia adentro, genera una condición de extrema vulnerabilidad cuyo atributo matricial es el desarraigo. Si “afuera” se sufre el desarraigo, “adentro” (en dictadura) se padece el asedio de la cotidianeidad. María José López Merino, en “Insilio en la reflexión cotidiana: el asedio y la resistencia de la ciudad cotidiana”, lo pone en evidencia en su análisis de *La reflexión cotidiana* de Humberto Giannini publicada en 1987, libro que recorre los espacios ciudadanos que habilitan el terror o proveen refugio en la ciudad asediada por el terrorismo de Estado.

La calle se muestra concretamente un lugar de peligro y de inminente riesgo, en el que a cualquier ciudadano le puede pasar cualquier cosa, donde incluso puede encontrar la muerte o la desaparición. (83)

Y el prójimo, el próximo desconocido, pero cercano se torna un sospechoso, una amenaza, con lo cual surge la necesidad de búsqueda del refugio cotidiano, el domicilio. En el mapa de esta ciudad, sin embargo, van surgiendo otros albergues como el bar, donde se busca la “comuni3n”, el respiro: es un espacio para recuperar el habla. Por 3ltimo, est3 la plaza, la calle abierta, lugar

privilegiado para la reflexi3n desde el punto de vista comunitario y que muestra su potencial pol3tico (por algo las Madres eligieron la Plaza de Mayo para su c3rculo). Seg3n Giannini la rehabilitaci3n de la experiencia de lo com3n en estos espacios es la tarea a realizar en democracia, ya que la dictadura los desdibuj3, pero no los borr3 de la memoria.

Sin embargo, esa calle no ser3 la que pisen muchos exiliados cuya vuelta resulta, con los a3os, imposible. De esto nos habla Jos3 Santos-Herceg en “Punto de no retorno. Exilio del exilio”.

A la larga, el exilio terminari3 por provocar una no pertenencia o una pertenencia a ning3n lugar, ni al de origen ni al de adopci3n. (103)

La relaci3n con los espacios, que en el exilio a menudo se multiplican, parece generar una discapacidad, un impedimento: surge el ni ni, ni ac3 ni all3, que es otra declinaci3n del desarraigo. Aunque, aduce Santos, es posible “sostener la existencia de m3ltiples hogares” (104) tal como demuestra el nomadismo que ha caracterizado la forma de vida de diversos pueblos. Siguiendo el *dictum* de Agnes Heller:

el exilio implica no pertenecer a ninguna de las dos patrias, ni a la de origen ni a la adoptiva, sino que es, en realidad, pertenecer a ambas. (103)

El fil3sofo chileno plantea que los exiliados se enfrentan a una paradoja: “Lo dram3tico no ser3 la falta de lugar, sino quiz3, el exceso de hogar” (106). Los retornados vuelven con “su nuevo hogar a cuestas” (109), como lo hicieran al partir por primera vez, y la sensaci3n de incompletud nunca se resuelve:

Regresar es dejar el hogar ganado para volver al hogar perdido, pero el hogar ganado nunca se deja del todo y el perdido, en realidad, nunca estuvo completamente perdido. El exiliado [...] siempre sentirá nostalgia por uno mientras habite el otro. (106)

Cuando Iraida López, en “Los niños tienen la palabra: apreciaciones intergeneracionales del exilio argentino y chileno en Cuba” nos habla del exilio de chilenos y argentinos en la Isla, nos enfrentamos a otro aspecto: cómo afectó a los hijos. Para responder a este interrogante se centra en el Proyecto Hogares, creado por el MIR (Movimiento de Izquierda Revolucionaria):

El proyecto esgrimía la renovación de estructuras mentales sedimentadas, además de la solidaridad la fraternidad y la ética. Los juegos y actividades que emprendían los chicos eran grupales, para inculcar valores, y los padres que perecían en la lucha se convertían de inmediato en héroes de la patria, en guerrilleros caídos. (120)

Todo esto formaba parte de un gran relato de emancipación. Pero la emancipación soñada para el país no se produjo y ese corte generó una reflexión de los hijos acerca de las decisiones de la generación anterior, que se vuelca en los documentales *El edificio de los chilenos* de Macarena Aguiló, de 2010 y *La guardería* de Virginia Croato, de 2016. En ambos se accede a la complejidad de los vínculos a través de entrevistas en Argentina y Chile, donde se revelan los reclamos de algunos y la nostalgia de otros. Una frase de Jorge Ruffinelli resume lo que define a ambos documentales: [se convierten] “en un juicio, sin sentencia ni condena, a quienes antepusieron lo social y político a la familia” (122).

Mariela Avila, en “Exilio y tiempo otro. De partidas y regresos”, retoma el tiempo

del exilio desde una reflexión filosófica que aborda “esa brecha que se extiende entre la expulsión y el retor-no” (130), que sería “un tiempo otro” (130). No se trata del momento de la partida o del retorno sino del umbral que los une: un paréntesis, una frontera: “el tiempo de rehacerse, de demorar-se, de morar y hacer morada en la otredad” (131). Esta demora que se hace morada implica a la comunidad, pero no de una forma unívoca:

La sola existencia del exilio implica quiebres al interior de las subjetividades que conforman el tejido social, pero también puede ser un espacio de reconstrucciones y reconstituciones, un habitar. (131)

Un habitar que no es pasivo, que hace suyos el espacio y el tiempo (al decir de Nicolás Casullo hay que anclar, hay que hacer pie).

Este capítulo es tanto una reflexión sobre las rupturas que implica el exilio como sobre la posibilidad de habitar una cotidianeidad excepcional, que no tiene que ser condena o castigo. Para muchas mujeres, acota Avila, el exilio significó una liberación. Otro aporte del exilio es que pone en jaque los presupuestos del Estado Nacional. Partiendo de la tesis de Schmitt sobre *El Nomos*, según la cual la toma del territorio es el momento fundacional de la comunidad, Avila muestra cómo este paradigma “se va diezmado por la práctica del exilio” (134). El desarraigo del exiliado implica que este queda fuera del territorio, de la comunidad, de la historia, lo que evidencia el modo en que la excepción soberana –con sus prácticas asesinas y expulsoras–, va adquiriendo carácter de norma. Como el paradigma es, hoy por hoy, la expulsión, la solidez de la configuración comunitaria y de los estados-Nación se muestra como una apariencia sin sustento.

Uno de los factores que permitirían vincular los diferentes exilios es, para esta filósofa, la reconfiguración del cuerpo social que genera la expulsión. Lo que caracteriza lo común de la comunidad (como anticipara Hannah Arendt) es la unidad de lo diverso, y los totalitarismos quieren acabar con la diversidad. En este sentido, siguiendo a Reyes Mate, la autora nos recuerda que, tanto en la historia como en la historia de la filosofía, hay un intento sistemático por reducir lo plural a la unidad (la filosofía busca a menudo un elemento único, rector, sea el agua, el ser, el espíritu o la nación). Este intento se enquistaba en prácticas y discursos políticos que procuran aniquilar la pluralidad, expulsar la disidencia, como si eso pusiera en riesgo la unidad de un nosotros que hubiera que salvaguardar. En suma, y en palabras de Roa Bastos, Ávila destaca la capacidad del exilio de transformar al ser humano. El exilio deviene, en palabras de Zambrano, condición existencial, forma de vida, porque “es el exilio el que también habita y hace morada en las existencias exiliadas” (143).

Pamela Soto García, en “Conflicto, democracia y exilio: tres categorías para la elaboración de un breve itinerario por el pensamiento político de María Zambrano”, retoma el pensamiento político de la filósofa española y lo elabora en base a tres categorías: conflicto, democracia y exilio, marcadas por su interés en el cruce entre política y vida. Zambrano viene a sacudir la inercia del pensamiento español, y lo logra con nuevas formas de definir ciertos fenómenos como el fascismo, al que cataloga de forma de huir de la realidad o forma de no sentirla. La realidad, aunque no se la intuya, sigue existiendo, y entonces se la aplasta y aniquila. El fascismo nace de la conciencia moderna cuando se reduce al ser

humano a un sujeto solipsista, desvinculado del entorno y de los otros. Este paradigma occidental es el que hay que combatir. La democracia no sería solo un sistema de gobierno sino una lógica de relación entre los individuos que impide la convivencia porque no respeta la diferencia: lo que prima es un esfuerzo por homogeneizar y eso desata la tragedia. Para Zambrano, en cambio: “convivir quiere decir sentir y saber que nuestra vida, aun en su trayectoria personal, está abierta a los demás” (156). Por eso es que, para esta filósofa, el exiliado no es ni el refugiado ni el desterrado, porque ninguno de ellos padece la orfandad radical de quien ha perdido toda esperanza de retorno y vive no solo en la ausencia de la propia tierra sino de cualquier tierra. Vive en el no lugar, en el desamparo. Sin embargo, este saber padeciendo le lleva a “participar como un agente vivo de su historia, asumiendo la posibilidad de transformación de la misma” (159).

Antolín Sánchez Cuervo encara, en “Republicanos y judíos. El exilio intelectual español de 1939 en perspectiva transnacional”, subraya su carácter desestabilizador en base a esta pregunta: “¿Los filósofos del exilio español republicano del año 39 en México, eran españoles o mexicanos?” (169). Este tipo de interrogantes lo guían en su intento de trastocar la lectura del exilio español judío. En lugar de aislar el fenómeno lo incluye en la constelación transnacional de exilios antifascistas. De este modo el fenómeno revela “su carácter reminiscente” (172), ya que es la culminación de una larga tradición de exilios cuya piedra fundacional es la expulsión de los judíos sefardíes de 1492, expulsión fundacional que es, a la vez,

Una de las bases de la identidad nacional española, marcada desde entonces por el antisemitismo, la islamofobia y el expansionismo colonizador en América. (179)

El exilio será una de las piedras angulares de esta nación. El fascismo y el totalitarismo “se conceptualizan así como fenómenos largamente incubados en el seno de la razón moderna [...] de su excluyente identidad y de su violencia” (178-179). Y, sin embargo, esta negatividad puede generar su contrario. Por ejemplo, hubo conversos que, para responder a la obsesión cristiana por la limpieza étnica, purificadora, optaron por el exilio –como Luis Vives– o se abocaron a la creación literaria –como Cervantes–. Sánchez Cuervo retoma la visión del exilio como fuente de renovación artística, filosófica y existencial. Todo aquel que se siente acorralado, con su existencia en vilo, a destiempo de todo, busca una salida. De esa búsqueda surge el potencial crítico y emancipador que generan las grandes revoluciones culturales que conocemos.

En “Exilio en la mística. Notas en torno a Michele de Certeau”, Rossana Cassigoli vincula al exiliado con el místico, que es “aquel que no puede dejar de caminar, que no puede detenerse” (203). Para la autora subsiste, en la cultura contemporánea, “un movimiento de partir sin cesar” (201), desarraigo cuyo único desenlace sería la poesía. “Los místicos, como los exiliados, no habitan ninguna parte” (202).

Rosa Estela Yáñez Poblete, en “El exilio en la tradición bíblica”, retoma la tradición bíblica:

Para describir la expulsión forzada de la tierra, en la Biblia se usa la palabra *galu*, que alude a la acción de sufrir, de ser sacado de la tierra, de ser deportado. (211)

Galú “no remite a un concepto abstracto sino a una acción brutal, ejercida por un poder y sufrida por una persona concreta” (211). Desde el desastre de las deportaciones del reino de Judá hasta las del presente el exilio nos remite al cuerpo, al padecimiento de hombres y mujeres que dan forma a patrias portátiles, ya no ligadas al suelo del que fueron arrebatados y que añoran y rememoran. Como entonces, ser hijo de errantes da lugar a identidades imposibles de clasificar. Por eso y por desgracia, en cuanto se ordena la clasificación con criterios supuestamente racionales y objetivos, esos hijos no califican, por lo que son enviados a la muerte (mecanismo que sigue reiterándose, sin cesar, en nuestro desolado mundo contemporáneo).

En la segunda parte del libro, el ensayo de Francisco José Martín “Exilio y literatura” nos hace ver que

El exilio no es –no puede ser– un mero objeto de estudio, un mero campo de investigación. El sujeto que investiga ni puede ni debe permanecer al margen sin sentirse implicado [...] Hay impostura si el estudio del exilio no va acompañado del reconocimiento moral del investigador en tanto que sujeto *de algún modo* exiliado. (223)

En este sentido, “el estudio del exilio a la postre acaba siendo siempre –o debería– experiencia de vida (224). Y el autor remonta esta experiencia a la expulsión de los poetas de la ciudad platónica, que expone hasta dar con el *quid* de lo que nos viene sucediendo desde entonces: la expulsión de los disidentes extra-muros y la hegemonía, dentro de la ciudad, de “un mundo reducido a las leyes de la razón del filósofo-rey” (230). Ese mismo mundo llega a la Modernidad: “A más desarrollo más

desastre. A mayor progreso, mayor horror” (234). Y seguimos aferrados a ese modelo tal como seguimos aferrados a la mirada racional, sin entender que la literatura no es “un producto del ingenio humano para entretener las horas del ocio ciudadano sino un modo de conocer el mundo” (236). Su texto es un llamado para que ese saber y el espacio de la piedad que también es la literatura nos liberen del destino reiterado de la ciudad amurallada y del exilio,

Por más que ahora acaso se trate de pensar desde esa imposibilidad constitutiva de un orden ya más que desmoronado. Para que no se nos venga encima y nos sepulte debajo.
(238)

A modo de cierre de este libro multifacético se presenta la entrevista “Exilio y retorno. *Memoria* del exilio y de la filosofía chilena. Entrevista a Pedro Miras”, de Matías Silva Rojas, que en su introducción da la clave del pensamiento de este filósofo en relación al exilio: “la memoria como vacío”. “Hay sólo un vacío –afirma Miras– donde deberían estar las imágenes que corresponden a esos años que no compartimos” (244).

Tras la lectura de esta excelente obra, llama la atención “el exilio del exilio”: el hecho de que este tema haya estado ausente hasta ahora del debate revela que, como dijera el argentino Nicolás Casullo desde México, estamos lejos de haber resuelto el exilio que nos define.

NORA STREJILEVICH
UNIVERSIDAD DE SAN DIEGO
(ESTADOS UNIDOS)
nora.strejilevich@gmail.com